

monday.com

La gestión de proyectos ahora es **visual**

Comenzar Prueba Gr

LA ARTISTA ABRE LAS PUERTAS DE SU TALLER

María José Romero en su laboratorio creativo

Este sábado la pintora presentó “El nido en mí” en Salón Silicón.



Ricardo Quiroga

24 de marzo de 2019, 21:02



María José Romero trabaja desde hace cinco años en su estudio de San Ángel. El lugar, ahora rebosante de pintura blanca, solía ser ocupado por una pequeña fábrica. Es amplio, alto y con buena entrada de sol al mediodía en el jardín que la artista adecuó en

cuanto se hizo de él. Su diseño luce pensado para la contemplación, pero también es dinámico, permite el trabajo con obra de gran formato. De fondo, tenue, se escucha algo de música, quizás es jazz.

“Aquí me quiero quedar. Es un espacio espectacular. Siempre dicen que el pez crece del tamaño que es su pecera. Yo siento que por primera vez estoy en un espacio que siempre imaginé. Estoy muy contenta”, reflexiona la artista frente a su mesa de herramientas, con decenas de pinceles, espátulas, rodillos, frascos y latas de pintura.

Este sábado Romero presentó la pieza “El nido en mí” en el espacio expositivo Salón Silicón, en la colonia Escandón. Se trata de una única pieza de poco más de 1 metro y medio de alto con la representación de un nido de aves, elaborado, por supuesto, con materiales estrictamente naturales. Del interior se escucha sutilmente el latir de un corazón. Son las pulsaciones de la artista que emanan desde un sistema de audio al interior.

Como parte de la instalación, Romero escribió:

“Una de las cosas que ha sido fundamental en la búsqueda del conocimiento de mi ser es comprender a profundidad la función de la experiencia de la relación con mi madre y con mi padre, figuras arquetípicas que todos llevamos dentro (...) Construí un nido, mi nido, asociándolo precisamente a ese receptáculo donde nos formamos, ese hogar, ese espacio que nos cobijó al nacer y en el que anidamos hasta lograr la individuación”.

Tomar distancia

“El nido en mí” fue creado en este mismo estudio. La pieza fue completada y aguardó por su traslado en el apacible jardín del lugar de trabajo de Romero. En esa nave principal la artista ha podido diversificar en materiales y crecer en formatos, además de que ha descubierto lo determinante de tomar distancia para poder ver el cuerpo de la obra y argumenta que el espacio permite explotar el carácter contemplativo de la pintura.

“Echarte para atrás y ver a distancia las cosas te permite observarlas desde otro ángulo y ser objetiva en cuanto a la completitud del proyecto. Este taller me ha dado la oportunidad de alejarme de ella y de poder reflexionar, viendo el conjunto, sobre hacia dónde va, hacia dónde lo quiero llevar o qué es lo que me está diciendo”.

Desde 1994, Romero ha participado en poco menos de una veintena de exposiciones colectivas y realizado más de 12 exposiciones individuales en sitios como la Fundación Sebastián, donde expuso “Craxis” en 2008; el Instituto de México en España, en Madrid, o el Seminario de Cultura Mexicana, dos sitios adonde Romero llevó “Germinal” en 2016, con piezas pictóricas que sintetizan la permanente búsqueda de las representaciones de lo orgánico, lo floral, en la obra de la artista.

Asegura que actualmente trabaja mucho con los acrílicos, relata que tuvo que dejar de convivir con materiales recurrentes como solventes y óleos que le representaron algunas complicaciones médicas.

“Actualmente algo que distingue a mi trabajo es la gestualidad. Hay como una cierta caligrafía y gestualidad, como la letra de cada uno. También la manera de presentar diferentes planos con distintas atmósferas dentro de la misma composición, se van contraponiendo. Esa que ha sido mi manera de ver la vida se ha colado en mi obra. Es una experiencia sensorial del espacio pictórico. Yo no pienso tanto en lo que quiero decir sino en la sensación que vas a tener ante la obra en ese espacio pictórico”, argumenta.

El trabajo como meditación

La nave principal tiene un entrepiso en el que la artista ha instalado una oficina y una sala de lectura. El taller es un centro de trabajo pero también un espacio de exploración y del trabajo de gestión que todo artista lleva a cabo a la par de su producción creativa. El lugar se ilumina por completo con la luz cenital; se asoma por las láminas traslúcidas del techo de la nave. La luz de cada hora influye en la atmósfera de trabajo.

Romero calcula que trabaja unas siete horas diarias cinco veces a la semana. Dice que el trabajo es como un ejercicio de meditación. “Los malos días, al estar frente al lienzo, se vuelven buenos porque al final salió algo que le dio sentido. Todo es material de trabajo y hay que aprovecharlo como forma de expresión y catarsis de liberación. De eso se trata la pintura y no nada más de cuando te lleguen las musas o ‘los musos’”, defiende.

De vuelta a “El nido en mí”, María José Romero reflexiona que no considera este trabajo como el más personal. Argumenta que asimila a toda su obra como íntima.

“Simplemente fue un atrevimiento, un ejercicio lúdico, para abordar temas que normalmente abordo, pero con un símbolo, un arquetipo, con el que muchos más puedan asociarse. De pronto es bonito recurrir a ese tipo de lenguajes, que son como una bala: inmediatos, como los sueños”, detalla.